

Los jardines de los claustros

Estamos en el interior de una vieja catedral, colegiata o abadía. La luz, escasa y tamizada, no alcanza a iluminar los rincones de las capillas; en la sombra los bultos sepulcrales de guerreros y monjes adquieren acentuado relieve, y los santos y personajes que pueblan los retablos góticos parecen vivir de una vida misteriosa y profunda. Algún rayo de sol que penetra por un alto ventanal, traza una recta faja luminosa hasta llegar a las losas del pavimento; el contraste es violento. En nuestro lento deambular por las naves y capillas del templo, hemos llegado ante una puerta. Empujando una de sus hojas distinguimos una galería abierta que rodea por sus cuatro lados a un pequeño jardín melancólico. Estamos en el claustro. Desde la penumbra del interior de la iglesia hemos pasado inesperadamente a la luz cegadora del exterior, que parece aquí más viva por lo reducido del horizonte; desde las líneas duras y geométricas de la arquitectura del templo, a las curvas y suavidades de las plantas y árboles del jardín. Junto a los santuarios, no pueden soñarse lugares más admirables para el reposo y la meditación que estos viejos claustros de nuestras catedrales, colegiatas o abadías: Segovia, Tarragona, Villanueva, Poblet, Silos, Dueñas, El Paular...

* * *

Amplias galerías cercan por los cuatro lados a los jardines claustrales; arcadas —pequeñas y robustas en los claustros románicos, amplias y caladas, con tracerías de piedra en los góticos, regulares y correctas en los renacentes— sirven de fondo a árboles y plantas. En el centro, una cruz de piedra, mohosa y verdinegra, un pozo profundo y misterioso, una fuente de amplia taza, o un templete sepulcral. Le pueblan sombríos cipreses de agudo vértice, laureles, rosales, mirtos, madre selvas, zarzas que sirven de cortina a las arquerías, plantas parásitas que han ido creciendo entre los sillares y trepadoras que ascienden por sus muros buscando la caricia del sol.

Jardines sin jardinero, abandonados, crecen en ellos árboles y plantas en total libertad. Los caminos están casi borrados, los arriates deshechos, la taza de la fuente que hay en su centro tiene un agua verdosa y corrompida. Las plantas parásitas lo invaden todo abrazando a rosales y cipreses. Antaño sirvieron de cementerios; numerosas generaciones yacen en su suelo y los árboles que en ellos crecen, hunden sus raíces en osamentas humanas.

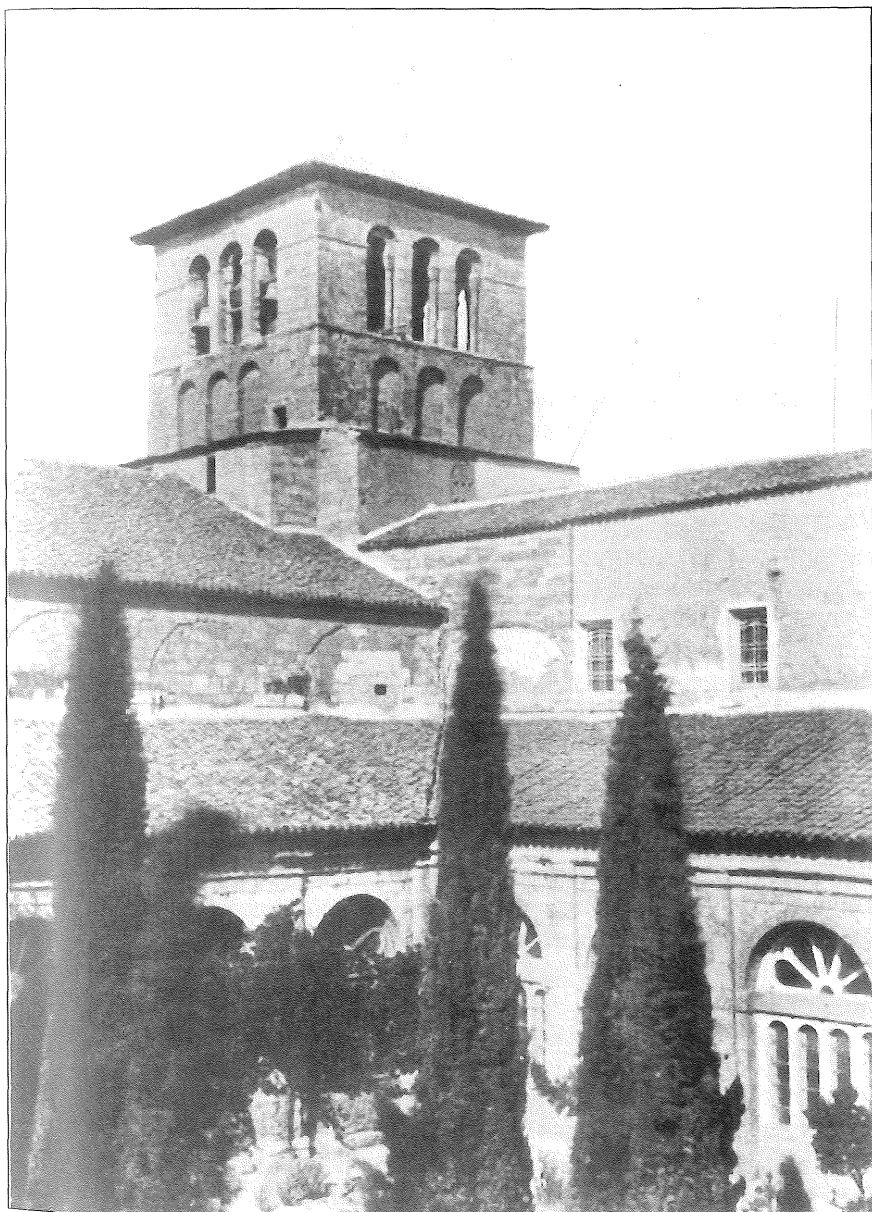
Su belleza es la melancólica de las cosas muertas y abandonadas; en el perfume que de ellos emana hay olores mortuorios a incienso, cera y humedad, mezclados con los aromas vitales de plantas y flores.

* * *

En varios jardines de claustros monásticos, un joven novicio o un viejo fraile que siente cercana la hora de alcanzar el reposo eterno, cuidan amorosamente de unos rosales y unas pobres flores plantadas en ellos. La ordenación ingenua con que están dispuestas y sus colores brillantes, parecen desplazados junto a la arquitectura severa de los claustros y la sobriedad de cipreses, mirtos y arrayanes. Estos oasis que surgen entre las viejas piedras de catedrales, colegiatas y abadías, para armonizar con su arquitectura, han de ser jardines abandonados y frondosos en los que árboles y plantas se confundan con las piedras labradas, abrazándolas unas veces, ocultándolas otras, evitando la impresión de monotonía que produce la repetición de arcadas idénticas en los cuatro lados del claustro. Como sus piedras, desgastadas por centenares de años de existencia, los jardines que encierran muestran también la acción fatal del tiempo y del olvido. Protegidos por las galerías, encerrados entre los muros de piedra, son recuerdos de tiempos lejanos; de ellos se desprende un perfume inconfundible en el que hay vejez, abandono, muerte y humedad.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

Arquitectura.
Julio, 1922



Claustro del monasterio de San Isidro, de Dueñas (Palencia).